

## DOSSIER

# Usos propagandísticos de la Historia de España: conceptos y narrativas esencialistas

**Alejandro García Sanjuán**

*Universidad de Huelva*

**Ana Isabel Carrasco Manchado**

*Universidad Complutense de Madrid*

El presente dossier monográfico lo integran cinco artículos, de seis autores, en los que se abordan cuestiones relacionadas con la recepción del pasado medieval y moderno. Tienen que ver también con debates historiográficos, políticos y mediáticos actuales relativos a la función que tiene el conocimiento histórico en la sociedad y con el papel en los debates públicos sobre el pasado que tienen los historiadores en virtud de la labor que desempeñan.

En la actualidad asistimos a un renovado auge de las narrativas historiográficas esencialistas sobre el pasado, así como de los usos propagandísticos y demagógicos de la historia, en especial, aunque no de forma exclusiva, por parte de los sectores más conservadores. En este sentido, la simultaneidad del auge de la extrema derecha y de la proliferación de dichas narrativas no constituye un hecho meramente casual. Tampoco lo es que este fenómeno se desarrolle de manera paralela al apogeo de la pseudo-historiografía, tanto a través de ensayos escritos por aficionados como de una novelística histórica que se presenta de forma indisimulada como forma alter-



Celebraciones del Milenario de Castilla, Burgos, septiembre de 1943 (Fuente: AGA).

nativa de conocimiento del pasado dirigida a públicos amplios. Las redes sociales y los grandes medios actúan de potente altavoz de estas narrativas, conformando un panorama que no invita en exceso al optimismo.

El denominador común que subyace a este fenómeno no es otro que el permanente afán por utilizar la historia como herramienta de adoctrinamiento patriótico y la subordinación del conocimiento histórico a una caricatura que no se distancia demasiado de la infausta asignatura franquista dedicada a la formación del espíritu nacional. Por más que sea la narrativa española la que ha experimentado un auge más importante, el retorno de los esencialismos es un problema mucho más complejo que se asocia a otros movimientos y tendencias nacionalistas, tanto en Catalunya como en Valencia o en Andalucía, tendencias que en no pocos casos se definen como progresistas o de izquierda. En la arena política, parece que una parte de la izquierda haya abandonado como horizonte la lucha por la igualdad y la justicia social para pasar a arrojarse con las banderas de las identidades, sean del color o naturaleza que sean.

En nuestro país, España, la reacción de los medios académicos ante este fenómeno es muy desigual y está sometida a múltiples variantes. En el caso específico de los especialistas en Historia medieval, el predominio del refugio en la torre de marfil y el rechazo a participar en debates públicos sobre el pasado contrasta con la activa militancia de otros sectores, minoritarios pero comprometidos con la promoción de las narrativas nacionales y de los proyectos autoritarios asociados a ellas. Hasta qué punto esa reluctancia favorece que la Edad Media sea uno de los períodos más fuertemente afectados por la pseudo-historiografía y por los usos propagandísticos del pasado es una cuestión difícil de valorar, pero lo que no deja lugar a dudas es el hecho de que dicho fenómeno se sustancia en una auténtica resurrección de la versión más tóxica, rancia y trasnochada de la Reconquista en términos de lucha de liberación nacional de ocho siglos de duración que habría confi-

gurado a España como una nación forjada contra el islam.

El artículo de Alejandro Peláez realiza una amplia y detallada descripción de la recepción de al-Ándalus entre el siglo XVI y la actualidad, un complejo proceso estrechamente asociado a los debates sobre la contribución de la cultura o la civilización árabe e islámica a la sociedad española. A partir del siglo XIX, en el marco de la construcción de Estado liberal, el establecimiento de los Estudios Árabes como disciplina académica fue determinante en la consolidación del conocimiento de al-Ándalus en un contexto muy condicionado por la unión inextricable de la práctica historiográfica con la elaboración de la narrativa nacional. Como afirma el autor:

«el modelo elaborado por los liberales en torno a la exaltación de los logros de los musulmanes y la caracterización de los andalusíes como una sociedad ilustrada, entraba en conflicto con la imagen de España construida durante siglos y presentada como resultado de la lucha contra los invasores norteafricanos, históricos enemigos de la patria».

Aunque, sin duda, la visión del liberalismo sobre la presencia musulmana contiene aspectos más positivos que la de los autores conservadores, sería tal vez exagerado considerarlas totalmente opuestas, como revelan, por ejemplo, los casos de M. Lafuente o Juan F. Riaño, analizados por Peláez en su artículo.

Como pone de manifiesto el artículo de Peláez, desde el siglo XIX el nacionalismo español debatió sobre la integración de al-Ándalus dentro de la narrativa nacional. Tras la crítica de Pierre Guichard en 1976, el concepto de «España musulmana» fue progresivamente abandonado, quedando la Reconquista como único paradigma de

la narrativa españolista. Al reactivar la visión del islam como antagonista principal de Occidente a finales de los años noventa del siglo XX, el choque de civilizaciones proporcionó un marco ideológico idóneo para la recuperación del concepto de Reconquista, que pudo así ser desligado del nacionalcatolicismo franquista. Junto a sectores que siguen asociando el origen de España con el proceso de conquista del territorio de al-Ándalus y otros que abogan por un uso desideologizado o neutro del concepto, el medievalismo actual opta de forma mayoritaria en su práctica historiográfica por ignorar un concepto obsoleto y lastrado por una pesada mochila ideológica. Fuera del ámbito académico, en cambio, la narrativa de la Reconquista ha experimentado un resurgimiento inédito desde la época franquista.

Los artículos de las medievalistas Esther Pascua Echegaray y Ana I. Carrasco Manchado abordan desde perspectivas distintas los problemas que suscita la pervivencia académica de un concepto intensamente nacionalista, esencialista, etnocéntrico, colonialista y mitificador, así como sus crecientes usos partidistas y su paralela difusión en sectores populares. Mientras que la primera se centra en sus implicaciones sociales, políticas e ideológicas, Carrasco explora el proceso de consagración lexicográfica del término que condujo a su inclusión en el diccionario de la RAE en 1936.

Bajo el título de *Ciudadanía, historiadores e Historia: ¿Todavía a vueltas con el término Reconquista?*, Pascua elabora una amplia revisión crítica de los problemas que genera el uso de este concepto, partiendo de la premisa de que

«la palabra y la noción de Reconquista responden a los ideales del pensamiento católico del período postridentino, a los de la burguesía conservadora del siglo XIX, a

los del nacionalcatolicismo de la dictadura franquista y a los de la derecha y extrema derecha actuales».

Sin embargo, a su juicio «el debate no puede seguir estando entre desecharlo o emplearlo, sino en utilizarlo en la enseñanza, investigación y divulgación con el sano propósito de deconstruirlo». Entre los problemas que genera dicho concepto, la autora destaca el empobrecimiento de la rica realidad medieval peninsular y la exclusión de al-Ándalus, más de la mitad del territorio peninsular durante siglos. Pascua se remite a una elocuente analogía para plantear el sesgo inherente a dicha narrativa, señalando que

«el espejismo que produciría concebir ochocientos años como la defensa de los derechos humanos es el que produce aplicar, desde la atalaya de los estados nacionales, la idea de Reconquista a ocho siglos de realidad peninsular».

Respecto a los sectores que promueven un uso neutro del concepto, la autora considera que «los expertos no pueden prescindir de las connotaciones que una palabra tiene y que son fruto del empleo de dichas palabras por historiadores y público general en distintos momentos».

Partiendo de la definición canónica incluida en el diccionario de la RAE en 1936 y desde la convicción de que «el uso del término que los historiadores profesionales mayoritariamente hacen hoy en día no se corresponde con lo que su definición expresa», Carrasco Manchado se propone en su artículo —«La Reconquista por antonomasia: pasado y futuro de una definición lexicográfica»— un objetivo muy concreto:

«aportar algunos argumentos para apoyar la necesidad de que se modifique la segun-

da acepción de Reconquista, con el análisis y la reflexión de quien desde su ámbito profesional tiene que bregar con usos propios e impropios de un término histórico que, lejos de servir ya para el análisis histórico de las sociedades medievales de la península ibérica, resulta cada vez más confuso, controvertido, engorroso e inoperante».

Entre dichos argumentos, Carrasco señala la naturaleza esencialmente ideológica del concepto:

«el término de Reconquista (por antonomasia), tal como la ha comprendido y definido la lengua, no remite a una realidad medieval, no pertenece al plano de los hechos históricos entendidos como acontecimiento (no es un hecho acaecido en la Edad Media), sino a una interpretación de la Historia, providencialista, teleológica y finalista, elaborada mucho después, ya en la modernidad. Pertenece, por tanto, al plano de la ideología».

Tras un estudio minucioso y exhaustivo del proceso de elaboración lexicográfica del término hasta 1936, que la lleva a analizar un buen número de diccionarios, Carrasco aboga por una necesaria revisión de la acepción de Reconquista actualmente vigente en el DRAE que tenga en cuenta el proceso de deconstrucción historiográfica del concepto elaborado durante los últimos años.

En definitiva, tanto Carrasco como Pascua coinciden a la hora de plantear la necesidad de enfatizar la diferenciación entre el concepto de Reconquista, moderno e indisolublemente unido al proceso de construcción nacional, y los distintos discursos cristianos que proyectaban ideales de recuperación del territorio de manos de los musulmanes.

La visión crítica y novedosa que la Historia puede ofrecer para intentar entender

estos problemas resurgentes incide precisamente en esa actitud tan propia del oficio del historiador: su capacidad para hacer entender a la sociedad que el pasado no ha quedado grabado en piedra, no es una evidencia inmutable, transmisible a través del tiempo. El pasado se recrea mediante relatos, narrativas, y por mucho que hayan sido escritas algunas de ellas por eruditos así llamados historiadores en siglos anteriores, no por ello recogen la verdad de los hechos, la realidad histórica tal cual pasó. Los historiadores actuales no son simples transmisores de las versiones escritas de la historia, ni el pasado puede ser reducido a explicaciones simplistas o a sucesos y acontecimientos engañosamente situados en un mismo proceso.

Los historiadores son científicos sociales, profesionales de una ciencia joven, de poco más de cien años, que es la Historia, y se ocupan de poner en contexto, situar en el tiempo, siguiendo un método crítico, las ideas que conformaron esas versiones del pasado, nunca inocentes. Si hay algo que pueden enseñar los historiadores es que todo tiene una historia relativa a un tiempo y a un espacio, es decir, todo cambia partiendo de una base de permanencias y de continuidades, que, sin embargo, al cambiar de contexto, ya nunca podrán ser la misma cosa. Esto es lo que se conoce como pensar históricamente. Los historiadores que desempeñan su oficio con honestidad generan herramientas y argumentos para que la sociedad pueda enfrentarse racionalmente a esos productos ideológicos que con el ropaje de la historia alimentan odios y divisiones.

Las palabras y los conceptos que han servido para nombrar períodos históricos o caracterizar el sentido de una época tienen historia, las ideas con las que se identifican los colectivos, tienen historia. El historiador Pablo Sánchez León, interesado actualmente por la Historia de los conceptos políticos

y sociales, se dedica precisamente a deconstruir y a contextualizar históricamente el bloque de ideas que contribuyó, al igual que la Reconquista, a conformar la identidad esencialista de lo español, la Leyenda Negra, en este caso desde una actitud victimista de defensa ante lo que se entendió —y vuelve a entenderse hoy— como un programa ideológico denigratorio antiespañol.

La Leyenda Negra ha sido estudiada por la crítica científica sobre la base de la batería de estereotipos terriblemente negativos lanzados contra la Monarquía Hispánica en un escenario de competencia dura entre potencias coloniales, y de conflicto con quienes pretendían desembarazarse del dominio imperial. Pero el definir la Leyenda Negra como propaganda y discurso ideológico no debe llevar al error de negar la realidad de los hechos atroces que acompañan toda conquista imperial por su mera definición y constatación histórica irrefutable. Tampoco debe llevar a confundir la Leyenda Negra con la crítica lógica que suscita todo dominio imperial entre quienes lo padecen. Uno de los aciertos de Sánchez León en su artículo es situar la Leyenda negra junto a otras leyendas negras que se fueron configurando con muy diferentes materiales ideológicos y que es común a toda experiencia colonial.

La Leyenda Negra debe estudiarse, así, en una perspectiva comparada y global en el marco de la actual perspectiva de Historia de los imperios que supone, explicar los discursos de rechazo o de atracción que se generaron —la dialéctica entre civilización y barbarie— en conexión con las lógicas y evidencias de violencia y explotación que se llevaron a cabo. Otro acierto de Sánchez León es distinguir esta leyenda negra que acompañó la colonización hispánica (que podría ser escrita con minúsculas), de la Leyenda Negra con mayúsculas (otro concepto que podría definirse por antonomasia). Y

es que esos discursos anticoloniales previos fueron utilizados y resignificados en otro contexto, ya poscolonial, en el período en el que España tuvo que redefinir su identidad, pasando de ser una entidad imperial a una entidad estatal nacional, equiparable con otras naciones que entre los siglos XIX y XX estaban adoptando instituciones liberales democráticas.

La Leyenda Negra con mayúsculas, expresada como retórica ideológica se utilizó en ese contexto para señalar a enemigos internos opuestos a una única forma de entender y sentir la identidad colectiva. Sánchez León advierte de la actual oleada revisionista y negacionista que ha resucitado el concepto de Leyenda Negra, sacándolo del laboratorio historiográfico para devolverle toda su carga identitaria militante, retroalimentada tanto por gobernantes de países que pertenecieron al antiguo imperio colonial hispánico, como por los partidos y grupos ultranacionalistas en España, los mismos, por cierto, que alientan la narrativa de la Reconquista. Esta nueva actitud amenaza con hacer retroceder los avances en la crítica histórica que han supuesto el poder historizar la Leyenda Negra, tal como hace Sánchez León, en un marco de Historia global y democrática.

En la misma línea de vincular, con una perspectiva conceptual, nociones históricas e identidades colectivas, Gustavo Alares y Eduardo Acerete profundizan en la historia del concepto de Reconquista (la Reconquista de España). Partiendo de su conformación en el siglo XIX como mito-motor de la identidad de la nación española, enraizada en el catolicismo y en el militarismo, dota de sentido la empresa imperial y colonial: «el Imperio era la unidad de destino que latía en el impulso guerrero de los reinos medievales hispanos, fundamentalmente el castellano».

Así, los Reyes Católicos, como culmi-

nadores de la Reconquista, y los Austrias como forjadores del Imperio, se convirtieron en los ejes fundamentales sobre los que basculó la historiografía oficial y toda la enseñanza y la divulgación de la historia bajo la dictadura de Franco, contribuyendo además a consolidar la Reconquista como «una suerte de prolongada cruzada contra los enemigos internos y externos de España». El falangismo avaló esta historiografía oficial, con el apoyo de otros historiadores que, o bien compartían el idealismo religioso subyacente a este relato histórico, o bien no tuvieron el valor suficiente como para ponerlo en cuestión. Es esta visión de la historia de España la que ha vuelto a ser resucitada en las primeras décadas del siglo XXI, a pesar de que la crítica científica que finalmente pudo ejercerse libremente tras el fin de la Dictadura la haya declarado carente de validez.

Alares y Acerete repasan las condiciones de esta recuperación, su relación con las teorías del choque de civilizaciones y con la reactivación ultranacionalista católica en el nuevo escenario mundial de confrontación con el islam, la participación de historiadores extranjeros dedicados al hispanismo, y las contribuciones de ensayistas implicados en una insistente labor revisionista y

negacionista. En suma, el caldo de cultivo ideológico que ha abrazado el partido de extrema derecha Vox. Como otros partidos ultranacionalistas que se están extendiendo por Europa, proyecta hacer oficial, en la investigación y en la enseñanza, una visión populista, plana y falsa de la historia hecha a la medida de sus ideas antidemocráticas, xenófobas, racistas, antifeministas y homófobas. Una visión tremendamente incívica y peligrosa, como se ha comprobado ya por las experiencias traumáticas de la historia europea reciente.

En definitiva, el dossier que presentamos con las contribuciones de estos investigadores e investigadoras pretende apelar a la responsabilidad de los profesionales de la historia y de otros estudiosos del pasado, y a la de la propia ciudadanía en el ejercicio de una Historia crítica compartida. Como ejercicio de Historia crítica, pretende aportar herramientas de pensamiento y reflexiones para comprender cómo el lenguaje, los conceptos, los relatos con los que contamos el pasado del territorio que habitamos no son inocentes ni neutros, sino que influyen en hacer de la sociedad un lugar habitable, común para todos, o un lugar inhóspito atravesado por odios ciegos y excluyentes.